

de Levante, las mas irritadas contra el nombre cristiano. Llegó hasta mantener relaciones habituales con el sultan de Iconio, y se esforzó en procurar su conversion; mas se ignora cuáles fueron las consecuencias de esta empresa. Este principe turco y musulman le habia enviado una embajada con cartas en que le manifestaba mucha inclinacion á la Religion católica. Habiendo llegado á sus manos los libros de Moisés, las profecias de Isaías y de Jeremias, con algunos escritos evangélicos, no pudo leerlos sin percibir rasgos brillantes de la divinidad del cristianismo: pidió al Papa personas capaces de instruirle con mas estension, y Alejandro se dió prisa á aprovecharse de una ocasion tan preciosa. Manifestó sin dilacion al principe musulman cuán agradable le habia sido su demanda, prometió enviarle misioneros cuyas costumbres y doctrina pudiesen edificarle, y le hizo remitir inmediatamente instrucciones por escrito (1169).

Estas consistian en una esposicion de la fé, particularmente sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion. Hállase entre las obras de Pedro de Blois, como hecha en nombre del Pontifice, lo que induce á presumir que empleó para esta buena obra la pluma de aquel escritor, uno de los mas sábios y mas piadosos de su siglo. Era natural de Blois, de donde le vino el sobrenombre; pasó á Italia en compañía de un señor normando, tio de la reina Margarita de Sicilia, y fué nombrado preceptor y uno de los ministros del jóven rey Guillermo II. Mas viendo las revoluciones que afligian al Estado y á la Iglesia en un país lleno de pueblos insociables, griegos, árabes, lombardos y normandos, se retiró á la córte del rey Enrique II que le habia llamado á Inglaterra, y murió siendo arcediano de Londres. Tenemos de él, entre otras obras, algunas cartas muy instructivas sobre los acontecimientos de su siglo, concernientes

con especialidad á las cosas de Sicilia.

Sin embargo, se debe observar, por lo que respecta á sus sermones, que se publicaron con su nombre los de Pedro Comestor, otro escritor célebre del mismo tiempo. Este fué natural de Troyes, de donde con el tiempo llegó á ser dean, luego cancelario de la iglesia de París, y finalmente se hizo canónigo reglar de San Victor, donde murió dejando en el testamento todos sus bienes á los pobres y á las iglesias. Su historia escolástica particularmente le adquirió una reputacion singular. Erigida desde su publicacion en libro clásico, fué mirada durante trescientos años como el depósito público de la teología positiva, y puesta al nivel tanto de la Teología escolástica ó Libro de las Sentencias de Pedro Lombardo, como del Decreto de Graciano. De aquí sin duda provino la persuasion fabulosa que duró largo tiempo, de que estos tres autores fueron hermanos. Esta obra no es mas sin embargo que un compendio de la Historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de las Actas de los Apóstoles, mezclada de incidentes apócrifos, y á veces poco sensatos, de la historia profana, de opiniones sistemáticas, de sentidos desfigurados, de esplicaciones arbitrarias, de etimologías violentas y de mil inutilidades que no sirven mas que para darnos á conocer el estado de infancia en que entonces se hallaban las letras.

A mediados del siglo doce fué tambien cuando renovándose los estudios entre los judíos, á ejemplo de los cristianos y de los musulmanes, dieron en mil ficciones y sutilezas desconocidas á sus padres. Desde las paráfrasis caldaicas compuestas en tiempo de Jesucristo, á escepcion del Talmud ó la esplicacion de su jurisprudencia, concluida unos quinientos años despues, no publicaron obra alguna digna de atencion hasta el rabino Abraham Aben-Esra, nacido en España á

finis del siglo undécimo y muerto en Rodas en 1174. Asi es que casi todos habian entendido hasta entonces en su sentido natural las grandes profecias concernientes á la venida del Mesias. Los sentidos violentos y las esplicaciones artificiosas no fueron puestas en uso, sino á medida que el gusto de nuestros escolásticos por la argumentacion obligó á los doctores de la sinagoga á ejercitarse en la misma carrera y á buscar refugios en lugar de respuestas sólidas. Al mismo tiempo que Aben-Esra interpretaba la Escritura en España, Salomon-Jarchi, de nacion francesa, además de la Biblia, comentó en su patria casi todo el Talmud, y obtuvo de los judíos el título de intérprete por escelerencia.

Moisés, hijo de Maimon, nacido en Córdoba en 1155 durante la dominacion de los musulmanes, adquirió aun mas fama que Aben-Esra. Los judíos se atrevieron á decir que éste era el hombre mas grande que se habia visto despues del legislador Moisés, no obstante las violentas contradicciones que tuvo que sufrir este aplaudido rabino y el cisma que ocasionó entre sus hermanos, el cual duró cuarenta años. Fué discípulo de su compatriota Averroes, uno de los mas grandes filósofos que tuvieron los árabes. La traduccion latina de sus comentarios áristóteles es la que ha servido despues á nuestros filósofos. Entre las obras del rabino Moisés, las mas famosas son la esplicacion del Talmud y el modo de entender los lugares difíciles de la Escritura, cuyos sentidos diversos, como el literal, metafórico, analógico y alegórico no deja de indiar; pero sus medios artificiosos y multiplicados dan á conocer cuán estrechado se hallaba el ciego Israel acerca de los oráculos luminosos de los profetas. Uno de los mas fogosos partidarios de Moisés, fué David Kimhi, famoso tambien por su libro intitulado *Micol*, la mejor gramática

que tuvieron los judíos á fines del siglo XII. Entonces solo hacia unos ciento cincuenta años que cultivaban este arte y le tomaron tambien de los árabes.

Por el año 1173 el judío Benjamin, natural de Tudela de Navarra, publicó una relacion de sus viajes que alcanza hasta este año, y en ella solo trata de ensalzar lo que interesaba á su nacion. Rocorrió la Francia, la Italia, el Continente y las islas de la Grecia, la Siria, el Egipto, la Arabia y la Persia. Señala en cada lugar el número que habia de judíos: en Roma doscientos, en Constantinopla unos dos mil, adictos á la doctrina de los rabinos, sin contar quinientos caraitas que se atenian únicamente al testo de la Escritura, y eran reputados por cismáticos entre los demas. En la isla de Chipre halló muchos que los rabinistas nombraban epicúreos y los trataban como á hereges. Cerca de Sidon vió algunos drusos sumergidos en una ignorancia tan grande, que creian en la metempsicosis. Aun dentro de Jerusalem no cuenta mas que doscientos judíos, oscuros artesanos y alojados en un extremo de la ciudad, que él dice ser muy pequeña pero muy poblada. Señala muchos menos todavia en el resto de la Tierra Santa: dos en una ciudad, tres en otra, la mayor parte tintoreros de lana. En Tiberiades, cuya escuela celebran tanto otros judíos, no cuenta mas que cincuenta. El Estado de la Palestina era entonces muy conocido en Europa para que pudieran tener aceptacion las mentiras y noticias fabulosas.

Pero hablando de Bagdad, sometida al califa Abasida, empieza á dar la rienda suelta á su imaginacion. Segun él, el rabino Daniel, que hacia, dice, ascender claramente su genealogia hasta el rey David, era reconocido alli por gefe de la cautividad, y tenia la soberania sobre todos los hijos de Jacob esparcidos en el imperio del califa; proposi-



ción que se destruye á sí misma por el solo nombre de cautividad, y por la dependencia en que este imaginado soberano se hallaba del príncipe mahometano, de quien compraba muy cara su dignidad, según el mismo Benjamin. Añade que mas allá del imperio de los califas hácia el septentrion, habia judíos rechabitos independientes de los otros pueblos, y gobernados por el rabino Hanan, cuyos dominios comprendian diez y seis jornadas de un desierto inhabitable. Hanan tenia un hermano llamado Salomon que gobernaba otro imperio, y estos dos soberanos juntaban en todo bajo sus leyes treseientos mil judíos. Benjamin continúa citando en otras partes poblaciones numerosas de judíos independientes, teniendo siempre cuidado de colocarlas en países lejanos é inaccesibles. Es manifiesto que todas estas ficciones no se dirigian mas que á eludir las profecías por las cuales quedaba demostrada la venida del Mesias, pues que en ninguna parte del universo reinaba ya la familia de Judá. La relacion de Benjamin es tanto mas sospechosa, cuanto abunda en faltas palpables contra la geografía, en historias visiblemente fabulosas, y yerros absurdos acerca de los objetos mas conocidos (a).

(a) Si no temiésemos apartarnos del principal objeto de esta Historia y traspasar los límites de una nota, podríamos estendernos aquí acerca de la cultura literaria de España en el tiempo de que venimos hablando; pueden verse sin embargo el Florez, t. 14; el Masdeu, t. 13; Yepes, t. 4, etc. Lo que dice Henrion respecto de los escritores judíos naturales de España puede dar ya una idea del estado de la literatura en nuestra patria, donde á pesar de las continuas guerras y hallarse dividida en tantos pequeños Estados, se cultivaron las ciencias, y se vieron establecidas en España Universidades, Academias y bibliotecas públicas cuando apenas se veía nada semejante en las demas naciones. Según cálculo de algunos críticos los árabes tuvieron en España durante este período ciento cuatro escritores, sesenta y seis los cristianos y cinco los judíos. Los árabes adelantaron mucho en las ciencias naturales, las lenguas orientales tenían aquí públicos profesores, y las ciencias eclesiásticas se enseñaban en toda su pureza en los colegios y seminarios establecidos por nuestros reyes y obispos.

(N. del E.)

Mas allá de la Persia, hácia la parte septentrional de las Indias, donde Benjamin establecía su imperio rabínico, habia un rey muy conocido con el nombre de Preste Juan, cuyo dominio quedó estinguido en los primeros años del siglo siguiente por Gengiskan, fundador del grande imperio de los tártaros. En el tiempo cuya historia venimos ahora escribiendo, este príncipe indiano ó tártaro, famoso por sus grandes victorias conseguidas sobre los persas, manifestó á un viagero europeo llamado Felipe gran deseo de instruirse en la Religion católica, y de abrazar la fé pura de la Santa Sede. Era cristiano, pero preocupado como los de aquellos países del Asia con los errores del nestorianismo. El Papa Alejandro le confirmó por sus cartas en sus buenos propósitos (1177), y le volvió á enviar á Felipe como un hombre instruido y prudente, en quien este príncipe podía tener confianza; pero sin embargo le exhortaba á que enviase á Roma como él lo habia propuesto, hombres sabios de su reino para que aprendiesen la verdad en su fuente y se instruyesen despacio en la doctrina católica (1). Estos proyectos de conversion, reiterados con tanta frecuencia despues por los nestorianos de las estremidades del Oriente, dan á conocer que aquellos sectarios mas bien se hallaban sumergidos en el error y en la ignorancia que en la heregia, ó cuando menos que eran mucho mas culpables de ligereza que de obstinacion.

Lo mismo sucedia con los eutiquianos de Armenia, cuyo católico ó patriarca Norsesis escribió al emperador Manuel Comnecho á fin de ilustrarse sobre algunos puntos de fé y de disciplina de su iglesia, diferentes de los de los griegos (2). El emperador le envió un filósofo llamado Teoriano, el cual

(1) Alex. ep. 48.

(2) Bibl. Patr. pag. 439.

tuvo con él algunas conferencias, y en ellas se examinaron con mucha moderacion de una y otra parte todos los puntos de discordia. El piadoso armenio buscaba sinceramente la verdad, y no tardó en descubrirla. Por el testimonio de los Padres respetados en todas las comuniones, se le convenció que no podia confesarse otra fé diferente de la del concilio de Calcedonia. En cuanto á la disciplina, convinieron en que algunos antiguos usos, que no derogaban ni á la fé ni á las leyes recibidas, no debian ser suprimidos. Mas los armenios, conducidos por por el cisma al desprecio de los ritos sagrados y aun de las instituciones divinas, pretendian á causa de la escasez de olivos en su país, poder usar de otro aceite para las unciones sacramentales. Teoriano les manifestó que el aceite de olivas era absolutamente necesario, así como para el sacrificio lo era el vino, y no otro licor que se le asemejara. Norsesis con su rectitud acostumbrada consintió tambien en reformar este abuso (1170).

Cuando todos los artículos quedaron establecidos de comur acuerdo: «quiero, digo, hacer los esfuerzos posibles para salvar á todos mis hermanos conmigo: desde hoy escribiré á todos nuestros obispos á fin de juntarlos en concilio. Tengo en mi poder algunos escritos de uno de mis antiguos predecesores llamado Juan, comparable en doctrina y en virtud á los Padres mas ilustres, y cuya fiesta celebramos como de un Santo. Fué muy celoso contra los monofisitas, según se vé por sus escritos aprobados mucho tiempo despues por el católico Gregorio, que ocupó esta Silla poco antes que yo. Por medio de este monumento y por los pasages que me habeis explicado, espero hacer conocer la verdad á mis ovejas; mas si no tuviese la suerte de reducir las todas, espediré un decreto por el cual recibiré públicamente, junto con aquellas

que me sigan, el concilio de Calcedonia y anatematizaremos á los que no le admitan.» A esta idea, enternecido el católico de su propio discurso, mandó retirar á todos, excepto Teoriano, y le dijo bañados los ojos en lágrimas: «os suplico que luego que llegéis á Constantinopla inclineis á vuestro Patriarca á pasar al lugar santo á rogar por los armenios difuntos, que solo pecaron por ignorancia, á tomar el León sagrado de la verdadera Cruz, y mirando el Oriente, bendecir la desgraciada Armenia.» A estas expresiones dictadas por una caridad tan pontificia, no pudo Teoriano detener sus propias lágrimas. El piadoso pastor le puso la mano sobre la cabeza, y dándole su bendición le despidió en paz.

Mientras las estremidades del Oriente se acercaban de este modo á la verdad (1175), el centro del mundo cristiano continuaba siendo blanco de las violencias del cisma y de todos los desórdenes que le son inseparables. La impunidad, consecuencia inevitable de la division entre las potestades, hizo renacer aquellos vicios que mas se habian esmerado en desterrar un gran número de anteriores Pontífices. En Lieja, ciudad de los dominios de Federico, la simonía se atrevió á levantar de nuevo la frente con tanta desvergüenza, que el obispo Raul ó Radulfo ponía las prebendas en público mercado al que mas ofrecía. Un santo sacerdote llamado Lamberto, y por otro nombre el Tartamudo (Begue), arrebatado de una indignacion súbita é inspirada á vista de este escándalo, empezó á tronar contra los clérigos que le fomentaban (1). Toda la ciudad quedó conmovida con sus discursos, tuvo un séquito numeroso é hizo conversiones brillantes. Irritado el obispo, mandó conducirle á una prision. Al hacerle atravesar la iglesia de nuestra Señora, levantó los ojos

(1) M. Chron. Belg. pag. 193.

hacia el altar y dijo suspirando: «¡Ay de mí! Se acerca el tiempo en que los puercos hozarán la tierra que tú ocupas;» lo que confirmó el suceso.

El obispo, por no sabemos qué inconsecuencia, hizo conducir á Lamberto á Roma para que fuese allí castigado de su temeridad. El Papa Alejandro no solo volvió á enviarle absuelto, sino que le autorizó altamente para continuar el ejercicio de su celo. Este santo sacerdote había congregado gran número de mugeres y de jóvenes piadosas, á quienes persuadió que viviesen en continencia, y tal fué el origen de las beguinas de Flandes, llamadas así del nombre de su fundador Begue, es decir, Tartamudo. Estas son unas comunidades de mugeres, las cuales sin ligarse con votos perpétuos, viven juntas con edificacion, ocupadas en el trabajo, en la oracion y en todos los ejercicios propios á preservar las costumbres del contagio del mundo.

Aun no se habia fijado en Roma el Papa Alejandro, cuando en el año siguiente aprobó un nuevo orden militar instituido en España con el nombre de Santiago. La bula suscrita por trece cardenales tiene la fecha en Ferentino en 5 de abril de 1175. Este orden, destinado como el de los templarios y el de los hospitalarios de Jerusalem á combatir contra los infieles, compuesto igualmente de clérigos y de caballeros, se diferencia por otra parte de una manera esencial. Generalmente no están obligados al celibato: entre aquellos nuevos caballeros unos guardaban continencia perfecta, otros estaban casados, y sus mugeres eran reputadas por hermanas de la orden. Vivian en comun, á ejemplo de los primeros fieles de Jerusalem, sin tener nada propio: cuanto conquistaban ó adquirian pertenecía á la orden á quien estaban ligados. No podian dejarla para volver al siglo, ni aun pasar á otra orden sin permiso del gran maestro. Sin

embargo, las viudas de los caballeros tenian libertad para volver á contraer matrimonio. Los clérigos de la Orden vivian en comunidad y gobernaban las iglesias las cuales estaban exentas de la jurisdiccion episcopal: administraban los sacramentos á los caballeros é instruian á los hijos de aquellos que estaban casados. Este nuevo orden militar, así como los antiguos, obtuvo del Papa la exencion de los diezmos y de las censuras generales; por manera que ni los caballeros, ni sus familias, ni sus gentes podian ser excomulgados, ni aun entredichos, á no ser por un legado *a latere* (a).

(a) En nuestras anteriores notas hemos hablado ya de las órdenes militares de Alcántara y de Calatrava; en cuanto á la orden militar de Santiago, he aquí como se espresa el P. Mariana: «En el tiempo que se descubrió el sepulcro del Apóstol Santiago comenzó la devocion de aquel lugar á estenderse no solamente por toda España, sino tambien acerca de las naciones estrañas: muchos de todas partes del mundo concurrían á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares, y las correrías de los moros que se decía cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy (no se sabe puntualmente en qué tiempo) los años siguientes con deseo de remediar estos males edificaron en muchas partes por todo aquel camino, que llega hasta Francia, hospitales para recibir á los peregrinos. Entre otros el que se edificó en el arrabal de Leon con nombre de San Marcos fué el de mas cuenta y tuvo el mas principal lugar. — Con este oficio de piedad no solo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenían de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos por industria del cardenal Jacinto y á su persuasion, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago. — Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del Pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querian ordenar conforme á la regla de San Agustin que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fué el principal en esta embajada, á persuasion de Cerebruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del Pontífice, su data á 3 de julio año de 1175, en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mugeres con tal que no se puedan casar si no fuere con consentimiento del Maestro. — Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que

Así el Papa Alejandro, casi siempre errante y fugitivo desde su advenimiento al pontificado, llenaba sus diversas funciones con el mismo desvelo que si hubiera gozado de una paz profunda en el palacio de Letran. Su avanzada edad y las falsas

nunca se apartasen del lado del Maestro, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demas de esto otras muchas cosas se ordenaron que seria largo relatarlas. El mismo Pero Fernandez fué criado por Maestro de aquella milicia y orden, y así fué el primero de los Maestros: las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de San Marcos que estaba en Leon. Tenian por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares, entre los demas se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodovar, Larunda, Santacruz de la Zarza, que así se llama en la bula del Papa un lugar que antiguamente se llamó *vicius cuminarius*, cerca de Ocaña. — No ignoramos que algunos le señalan (á esta orden) mas alto principio; unos de D. Alonso el Casto, otros del rey D. Ramiro; engañó sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia, y un privilegio que alegan en esta razon, de D. Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de mas de cien años antes de este tiempo, que dice concedió al monasterio de monjas de Salamanca que se llama de *Sancti Spiritus*; pero los mas eruditos le tienen por falso. —

Por estas fundaciones y por los rápidos progresos que lograron estas y otras órdenes militares en toda la estension de la Península puede inferirse lo que hacia cada dia las armas y el poder de los cristianos. Cuando se instituyó la orden de Santiago, reinaba en Leon Fernando, segundo de este nombre, hijo segundo del rey y emperador Alfonso VII. En Castilla, despues de la muerte de Sancho III (llamado el Descado por su juventud, afabilidad y religion), ocurrida en Toledo en 31 de agosto de 1159, y transcurridas las grandes disensiones que ocasionó la menor edad de su hijo Alfonso VIII (que á la sazón solo tenia tres años y cuya tutela se disputaban los Castros y los Laras), principiaba ya este gran monarca la carrera de sus gloriosos triunfos. En Aragon, cuyo rey don Ramon Berenguer el IV y último habia fallecido en 6 de agosto de 1162 en San Dalmacio, aldea del Piamonte, el hijo de la Reina viuda doña Petronila, Alfonso II, se adquirió no pequeña gloria en sus guerras contra los reyes moros de Valencia y de Murcia. Asimismo Alfonso I de Portugal y Sancho VII de Navarra, desbarataron en diferentes campañas el poder de los infieles. Por manera que á no haber mediado las luchas intestinas y las turbulencias de los Estados cristianos, escritas en su mayor parte por la ambicion y mútuas discordias de los grandes, muy fácilmente hubieran podido los príncipes cristianos reunidos alanzar para siempre á los musulmanes y sacudir de toda España el yugo de su dominacion; pero no era aun llegado el tiempo señalado en los decretos del Señor. Esto no obstante, en medio de todas esas revueltas y agitaciones del Estado, la Iglesia en España iba progresando de dia en dia; creigáuse nuevos obispados en las ciudades conquistadas; se multiplicaban los concilios; y a

esperanzas de paz que en diferentes ocasiones le habian dado, no le permitian poder esperar una vida mas apacible. Instado Federico muchos años habia por un santo cartujo, y habiendo por fin experimentado una desgracia considerable, quiso al parecer reconciliarse con la Santa Sede; pero el restablecimiento de sus negocios destruyó al punto estas veleidades ilusorias. Aconteció en aquel mismo tiempo la muerte de su Papa Pascual, y él reconoció por Cabeza de la Iglesia á Juan, abad de Strum, que establecieron los cismáticos en su lugar con el nombre de Calisto III. Abriendo los ojos á los partidarios del cisma una série de tres anti-papas, y viendo el emperador disminuir cada dia su faccion, fingió por segunda vez querer procurar la reunion de la Iglesia. Envió al Papa Alejandro el obispo de Bamberg que siempre le habia permanecido afecto; pero este obispo tenia el encargo de no tratar sino personalmente con el Pontífice, con exclusion de los señores de Lombardia; artificio maquinado para hacer nacer la desconfianza y la division entre el Papa y los apoyos principales de su poder; pero el hábil Pontífice se guardó muy bien de caer en este lazo.

Habiendo llegado por fin el tiempo que el Señor tenia señalado, el emperador, cuyas ideas eran en un todo contrarias á la paz de la Iglesia, reunió un ejército formidable de alemanes, é hizo una invasion repentina en el Milanésado que creyó sorprender, mas estaban prevenidos: salieron en buen orden; marcharon intrépidamente contra él, y en

consecuencia de estos la reforma iba desterrando los abusos y hacia brillar las virtudes; se levantaron monasterios, y los institutos de Cluni, del Cister y de la Cartuja, los canónigos reglares de San Agustin, y otras varias profesiones monásticas tenían en España, no menos que en las demas naciones cristianas, verdaderos discipulos y fieles observadores. Véanse Ferreras tom. B; Mariana lib. 11 y 12; el M. Florez en su *España Sagrada*; Masdeu, t. 13; Ortiz, lib. 8, c. 4. (N. del B.)